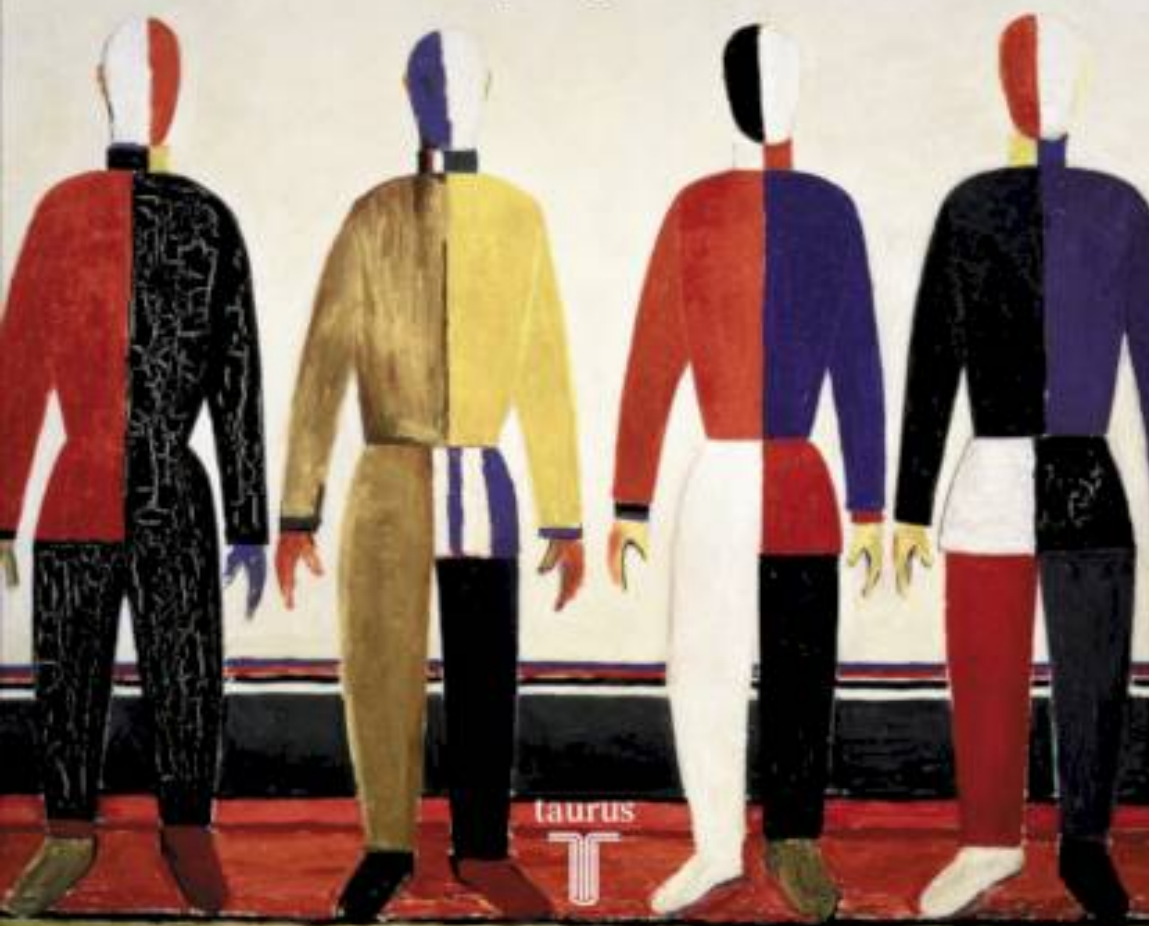


JUAN PABLO FUSI

# LA PATRIA LEJANA

El nacionalismo en el siglo XX

Nuevo prólogo del autor



JUAN PABLO FUSI

LA PATRIA LEJANA  
EL NACIONALISMO EN EL SIGLO XX

taurus historia  


SÍGUENOS EN  
**megustaleer**



@Ebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin  
Random House  
Grupo Editorial |

## INTRODUCCIÓN

*La patria lejana* apareció en 2003. Era, y sigue siendo, un estudio sobre el nacionalismo en el siglo xx. En la primera línea de la Introducción de aquella primera edición, escribí que el nacionalismo era una realidad, no un problema. Era obvio con todo, y el mismo libro así lo mostraba, que el nacionalismo era, y es, ambas cosas a la vez, una realidad y un problema, en todas las numerosas acepciones y perspectivas que el término nacionalismo tiene: como proceso de construcción (o de liberación) nacional; como teoría política; como movimiento político; como sentimiento de identidad o pertenencia; como reacción emocional de masas. Por ello afirmaba, de acuerdo con la que ya dijera en 1910 el gran historiador alemán Eduard Meyer (1855-1930) y que Ortega y Gasset recogió en su conferencia de Berlín de 1949 *De Europa Meditatio Quaedam*, que la idea de nacionalidad, y por tanto la historia de la nación y del nacionalismo, eran, entre los grandes temas de la historia, los «productos» de mayor sutileza y complejidad.

Todo ello —nacionalismo como realidad y como problema; complejidad de los conceptos de nación, nacionalidad y nacionalismo— sigue teniendo, al publicarse esta nueva edición, plena vigencia. La tesis última de *La patria lejana* era que el nacionalismo fue uno de los grandes problemas del siglo xx: como reacción autoritaria al sistema y la filosofía política liberales (de ahí la fascistización del nacionalismo de la derecha en las décadas de 1920 y 1930); como factor de disgregación de Estados nacionales e imperios coloniales; como causa de tensiones y conflictos internacionales; como factor esencial de las luchas de liberación na-

cional en Asia y África; como detonante, desde 1960, del resurgir etnonacionalista en determinadas nacionalidades y regiones europeas (y no europeas, como Quebec), y de la reaparición de guerras nacionalistas en la Europa del este tras el colapso del comunismo en 1989. *La patria lejana* terminaba, se diría que «adecuadamente», con esto último: con el triunfo en 1989-1991 de las nacionalidades en la Unión Soviética y Yugoslavia, la desmembración de estos dos países, y la creación como consecuencia de una veintena de Estados nuevos (hechos en sí mismos importantísimos, de significación histórica extraordinaria, que revelaban además que, contra lo que se pensó y se dijo reiteradamente, el comunismo no había resuelto el problema de los nacionalismos ni en los Balcanes ni en el Imperio ruso y soviético).

Pues bien; la pasión nacionalista, las aspiraciones y desafíos soberanistas e independentistas, la conflictividad y la violencia etnonacionalistas, los problemas nacionales, identitarios y territoriales, iban a continuar siendo después de 2000 una realidad en buena parte del mundo. Con evolución y planteamientos a veces pacíficos y no traumáticos, como la separación en 2006 de Serbia y Montenegro, después de que este país decidiera en referéndum poner fin a su unión con el Estado serbio que se remontaba a 1918 (separación, pues, «de terciopelo», como lo fue, en la misma región, la separación de Chequia y Eslovaquia en 1993). O como Quebec, que vio la alternancia democrática regular entre el nacionalismo quebequés y el partido liberal (gobiernos nacionalistas en 2001-2003 y 2012-2014; gobiernos liberales en 2003-2012, y desde 2014); o Escocia, donde en septiembre de 2014 el Partido Nacionalista Escocés, en el poder en Escocia desde 2007 —pero insignificante antes de la concesión en 1999 de la autonomía regional— planteó, si bien sin éxito, un primer referéndum de independencia. Con un balance, otras veces, esperanzador aunque contradictorio. En España, tras cuarenta y tres años de terrorismo y 829 víctimas mortales, ETA, la organización vasca, abandonó la «lucha armada» el 20 de octubre de 2011.

Pero el nacionalismo catalán, que gobernaba de forma prácticamente ininterrumpida en Cataluña desde 1980 en razón del amplísimo grado de autogobierno que nacionalidades y regiones —también, pues, el País Vasco— tenían en el país desde el restablecimiento de la democracia a partir de 1975, derivó decididamente desde 2012 hacia el independentismo en abierto desafío a todo el sistema político español.

La cuestión nacional, en todo caso, seguía generando fanatismos y masacres (por decirlo de nuevo con las palabras del historiador francés François Furet, referidas a los años finales del siglo xx, que citaba en el último párrafo de la primera edición de *La patria lejana* y que he mantenido en ésta íntegramente). En Oriente Medio, en la intifada de las Mezquitas o de Al-Aqsa (2000-2005) —violencia palestina desencadenada tras la visita del dirigente israelí Ariel Sharon al recinto de las mezquitas musulmanas de Jerusalén, y durísima reacción israelí—, cuyo comienzo asoma en las últimas páginas de este libro, murieron 1.000 israelíes y 5.500 palestinos. Violencia, terrorismo y guerra volvían a ensangrentar la región. Como respuesta a acciones previas palestinas —lanzamiento continuado de cohetes sobre territorio israelí desde posiciones palestinas, asesinato de ciudadanos israelíes por militantes palestinos—, Israel lanzaría entre 2008 y 2014 tres devastadoras operaciones militares a gran escala contra la franja de Gaza, uno de los territorios palestinos: en la Operación Plomo Fundido (2008-2009), murieron en torno a 1.300 palestinos (de ellos, 670 civiles) y 11 soldados israelíes; en Pilar Defensivo (noviembre de 2012), 170 palestinos; y en la Operación Margen Protector (julio-agosto de 2014), 2.143 palestinos y 66 soldados israelíes (más cinco civiles).

En la nueva ofensiva militar en Chechenia —cuyo comienzo también se menciona en este libro— que, para restaurar el poder federal ruso frente al desafío del independentismo checheno, Rusia, la Rusia de Vladimir Putin (presidente en 2000-2008 y nuevamente desde 2012; primer ministro en 2008-2012), desencadenó a partir de octubre de

1999 y que se prolongó hasta 2009, murieron en torno a 5.200 soldados rusos y entre 25.000 y 50.000 chechenos (rebeldes y civiles). Kosovo declaró unilateralmente la independencia de Serbia en febrero de 2008, un nuevo factor de tensión y complicación en la región balcánica. Rusia y Georgia entraron en guerra —Rusia intervino desplegando en la zona un ejército de 40.000 hombres— en agosto de ese mismo año, 2008, como consecuencia de la tensión existente en las regiones georgianas prorrusas de Osetia del sur y Abjasia, territorios que, tras la victoria rusa en la guerra —en la que murieron 67 soldados rusos y en torno a 180 georgianos—, quedaron bajo protección militar rusa. Luego, en 2014, a la vista de los enfrentamientos que se produjeron en Ucrania a favor y en contra de la entrada del país en la Unión Europea (y previsiblemente en la OTAN), Rusia, una Rusia crecientemente nostálgica del poder internacional que el Imperio soviético tuvo hasta 1989, frontalmente opuesta a aquella entrada y en buena medida inspiradora de los disturbios, procedió a anexionarse Crimea, y a tensar aún más la situación con su apoyo explícito a la agitación prorrusa en las regiones, también ucranianas, de Donetsk y Lugansk.

En la ofensiva final (2006-2009) del ejército de Sri Lanka contra el nacionalismo tamil, conflicto que como se menciona en el libro había empezado en 1983, murieron 5.556 soldados ceilaneses, 22.247 guerrilleros tamiles y en torno a 20.000 civiles. La insurrección armada (1984-2012) planteada en el sur de Filipinas por el Frente Moro Islámico de Liberación en favor de la independencia de Mindanao dejó igualmente miles de víctimas. En la lucha guerrillera por un Kurdistán independiente desencadenada desde 1984 en Turquía (con repercusiones en Iraq y Siria, es decir, en países con importante población kurda: en torno a 20 millones en Turquía, 8 millones en Iraq y 3 millones en Siria) por el nacionalismo kurdo, bajo el liderazgo inicial del Partido de los Trabajadores Kurdos (PKK), murieron entre 1984 y 2010 —pese a treguas y declaraciones de alto el fuego en 1999 y

2004 (y luego, en 2013)— cerca de 40.000 personas (soldados y civiles turcos; guerrilleros y civiles kurdos).

La llegada al poder en Venezuela en 1998 de Hugo Chávez hizo renacer, ya en los primeros años del siglo XXI, el populismo nacionalista e indigenista en países como Ecuador y Bolivia, y en la propia Argentina, aquí bajo la presidencia neoperonista de Néstor Kirchner, 2005-2010, y de su sucesora, su viuda Cristina Fernández, 2010-2016. Como se apuntaba en la edición de 2003, ya en los años noventa del siglo XX partidos y movimientos xenófobos, nacionalistas y antieuropeos adquirieron creciente apoyo electoral en la Unión Europea: el Frente Nacional francés logró el 15 por ciento del voto electoral de su país en las elecciones presidenciales de 1995 y el 17,07 por ciento en las de 2002 (primera vuelta); el Partido Austriaco de la Libertad logró el 26,91 por ciento en las elecciones austriacas de 1999. En 1993 se creó en Gran Bretaña un Partido por la Independencia del Reino Unido (UKIP, en sus siglas en inglés); la Liga Fortuyn holandesa y, fuera de la Unión Europea, el Partido del Pueblo Noruego, partidos de la ultraderecha xenófoba, obtuvieron también excelentes resultados en las elecciones de sus países de 2002 y 2005, respectivamente. Luego, la gravísima crisis financiera y de deuda soberana que estalló en Europa en 2009 y enseguida, la llegada masiva al continente europeo de refugiados de la guerra civil siria que comenzó en 2011 (en torno a 800.000 refugiados en 2014-2015), parecieron cuestionar la idea misma de Europa. Las profundas diferencias nacionales y el auge electoral en 2014-2016 en muchos países europeos del populismo xenófobo, nacionalista y antieuropeo (Frente Nacional francés, Partido por la Independencia del Reino Unido, Partido por la Libertad holandés, Amanecer Dorado en Grecia, Jobbik en Hungría, el partido nacionalista flamenco Vlaams Belang, Demócratas Suecos, Alternativa por Alemania, Partido Popular Danés, Partido Austriaco de la Libertad, Finlandeses, Nuestra Eslovaquia), que ambas cuestiones (crisis económica, crisis de los refugiados) provocaron, revelaron que idea de nación y populismo nacional eran aún realida-



des políticas y sociales operativas en una Europa supuestamente transnacional y postnacionalista. El 23 de junio de 2016, Gran Bretaña votó en referéndum abandonar la Unión Europea, el mayor revés, con consecuencias además inmensas, que el ideal europeo había sufrido desde que en 1950, el 9 de mayo, se iniciara con la creación del mercado común del carbón y del acero (el Plan Schuman, preparado por Jean Monnet) el proceso de la construcción de la unidad europea.

O como indicaba más arriba; el nacionalismo (nacionalismos de nacionalidades y regiones, etnonacionalismos, movimientos de liberación nacional, nacionalismos nacionales, nacionalismos de la ultraderecha, etcétera) continúa siendo, al aparecer esta nueva edición de *La patria lejana*, lo que fue en el siglo xx: una realidad y un problema, una realidad constitutivamente problemática. Eso obliga, lógicamente, a su estudio. La evolución que el nacionalismo tuvo en el siglo xx, de acuerdo con la visión cronológica que en este libro se propone —plenitud del nacionalismo, su fascistización en el periodo de entreguerras, el desprestigio del nacionalismo en 1945 (de ahí la construcción de la unidad europea como proyecto supranacional), nacionalismo como liberación nacional, resurgir etnonacionalista desde 1960, triunfo de las nacionalidades y reaparición de guerras nacionalistas en la Europa del este tras la caída del comunismo en 1989—, puede proporcionar claves decisivas para su conocimiento.

## PRIMERA PARTE

### LA PLENITUD DEL NACIONALISMO

## CAPÍTULO I

### EL MOMENTO NACIONALISTA

«El nacionalismo —escribía en 1894 Maurice Barrès, el intelectual francés— es la ley de los pueblos modernos»[1]. Tal afirmación no habría sido posible un siglo antes: en 1794, en efecto, ni siquiera existía la palabra nacionalismo. «Nacionalista», en inglés, empezó a usarse hacia 1850, y el término «nacionalismo», en francés, sólo se generalizó en la última década del siglo XIX. Pero las palabras de Barrès tenían indudablemente sentido en 1894. Precisamente, el avance a lo largo del siglo XIX de los procesos de construcción de los principales Estados nacionales europeos modernos; la progresiva nacionalización en todos ellos de la política; la mayor vertebración geográfica y económica de regiones, comarcas y ciudades en cada nación, gracias a ferrocarriles, carreteras y telégrafos; la extensión de los aparatos y servicios del estado (como el ejército y el servicio militar), de sistemas de educación unitarios y comunes y de los medios de comunicación de masas, todo ello hizo que fueran cristalizando gradualmente en los distintos países europeos voluntades y sentimientos colectivos verdaderamente nacionales, esto es, sentimientos y conciencia de orgullo y nacionalidad, teorías de lo nacional, culturas e ideales nacionales, y concepciones emocionales de la propia identidad nacional.

El nacionalismo, en suma, se fue convirtiendo de forma lenta pero evidente en el principal sentimiento de cohesión de los países y sociedades europeas y en el principio último de la legitimidad del orden político. Ello conllevó, paralela-

mente, cambios importantes en la misma significación política del nacionalismo. En la primera mitad del siglo XIX, el nacionalismo había estado, en efecto, asociado en general a las ideas de soberanía nacional y liberalismo, y a la exigencia de libertades constitucionales, civiles y de unificación o independencia políticas. Luego, la idea nacional se había ido impregnando, de una parte, de valores tradicionales, históricos, dinásticos y, en algunos casos, militares, que fueron los valores que inspiraron los nacionalismos más o menos articulados de los Estados ya constituidos —y de algunos que se constituirían entonces, como Alemania e Italia—, y los valores que impulsaron, en los últimos años del siglo XIX, los imperialismos coloniales de los países europeos; de otra parte, el nacionalismo había ido haciendo de elementos de diferenciación cultural —la lengua, la etnia, la religión— el fundamento de la identidad nacional. En su estudio del nacionalismo desde 1780, que se publicó en 1990 con el título *Nations and Nationalism since 1780. Programme, myth, reality*, el historiador británico Hobsbawm apreciaba tres grandes diferencias entre el nacionalismo de finales del siglo XIX y principios del XX, y el nacionalismo liberal-democrático decimonónico: 1) el abandono del «principio de mínimos» para definir la nacionalidad, por lo que cualquier grupo o colectividad que se considerase a sí mismo como nacionalidad tendría ahora (fines del XIX/principios del XX) derecho al autogobierno o a formar un estado independiente; 2) la asunción, ya mencionada más arriba, de las ideas de etnicidad y lengua como centrales a la definición de la nacionalidad; y 3) un radical giro del nacionalismo hacia el autoritarismo, al extremo que «nacionalismo» a fines del siglo XIX —que fue, hay que reiterar, cuando se generalizó el uso del término— equivalía en realidad a nacionalismo de la derecha[2].

La generalización del hecho nacionalista resultó, en cualquier caso, evidente y sus consecuencias, decisivas. Hechos como la independencia de Grecia (1829), Hungría (1867, dentro de la monarquía dual austrohúngara), de Rumanía, Serbia y Bulgaria (1878), como las unificaciones de Italia

(1870) y Alemania (1871), transformaron el mapa de Europa. Desde finales del siglo XIX, el nacionalismo de estado o nacional fue asumiendo, como ya se ha mencionado y enseguida se verá, formas agresivas e intolerantes, identificándose con ideas de grandeza nacional, expansionismo militar y superioridad racial, y con políticas autoritarias, populistas y antiliberales. Al tiempo, las concepciones étnico-lingüísticas de la nacionalidad inspirarían la politización de las nacionalidades o minorías del centro y este de Europa enclavadas en los Imperios austrohúngaro, otomano y ruso (croatas, serbios, húngaros, rumanos, búlgaros, macedonios, albaneses, checos, polacos, eslovacos, ucranianos, armenios, georgianos, finlandeses, estonios, letonios, lituanos, judíos), y de irlandeses, catalanes, vascos, gallegos y flamencos en la Europa occidental, hasta desembocar, entre las últimas décadas del siglo XIX y el final de la I Guerra Mundial, en la primera gran etapa de movilización étnico-secesionista de la historia europea (pues anteriormente, muchos de aquellos nacionalismos no habían sido sino pequeños núcleos de intelectuales sin apoyo popular significativo). El nacionalismo irrumpía además por las mismas fechas, también se verá, en Asia y África.

En definitiva, entre 1880 y 1914 el nacionalismo cristalizó como principal factor de desestabilización de la política europea e internacional. Por lo menos, en tres sentidos: 1) como ideología y movimiento político de oposición radical al sistema liberal en nombre del estado, de la nación o del pueblo, y en defensa de principios tradicionalistas y orgánicos (la comunidad, la raza, la religión); 2) como factor de inestabilidad y disgregación de Estados unitarios y de Imperios multinacionales; 3) como causa de tensiones y conflictos internacionales: los Balcanes, concretamente, fueron el polvorín de Europa entre 1910 y 1914; el problema de los nacionalismos en esa región fue una de las causas de la I Guerra Mundial.

## EL NACIONALISMO AUTORITARIO

La afirmación de Barrès antes citada no es casual. Precisamente en Francia, y merced entre otras razones a la obra del propio Barrès, fue donde, en los años citados, el nacionalismo devino, más que un sentimiento emocional, una teoría y una doctrina en las que fundamentar la acción política y la organización del estado. En primer lugar, la derrota del país ante Prusia en la guerra de 1870-1871, el desastre de Sedán, además de la Comuna parisina y de la proclamación de la III República provocó ya la aparición de un «nacionalismo de la revancha». En 1882, el poeta, político y combatiente en aquella guerra Paul Déroulède (1896-1914), creó una *Liga de patriotas* que alcanzó rápidamente la cifra de ciento ochenta y dos mil adheridos, y que si en principio pareció limitarse a promover la educación patriótica dentro del régimen republicano, enseguida pasó a denunciar la prudencia de la III República en la cuestión de Alsacia-Lorena —anexionadas por Alemania en 1871— como una política de debilidad y claudicación, y a ver por ello en el sistema republicano y parlamentario un obstáculo a los intereses nacionales de Francia. Casi al mismo tiempo, en 1888, Édouard Drumont (1844-1917), escritor y periodista católico y monárquico, publicó un folleto escandaloso, *La Francia judía*, un ensayo sobre la historia contemporánea francesa que, enlazando con los argumentos de la Liga, introducía una tesis nueva y pronto muy popular: la tesis de la culpabilidad del capital y la influencia judíos en el declinar nacional e internacional de Francia. Aunque efímero, el episodio del *boulangismo*, el movimiento populista y plebiscitario aglutinado en torno al general Boulanger (1837-1891) que reivindicando, igualmente, una política de revancha contra Alemania irrumpía poco después en la vida francesa (en las elecciones de 1888), fue cuando menos premonitorio, pues generó ya amplias expectativas, luego no materializadas, de un posible golpe de estado contra la República. Sucesos como el *escándalo Panamá* (1892-1893), que

estalló cuando el periódico de Drumont, *La Libre Parole*, denunció que la compañía del canal de Panamá había sobornado con sumas cuantiosas a conocidos parlamentarios y periodistas para conseguir que se aprobara una ley que autorizase un empréstito a su favor, pusieron a la República francesa al borde de una crisis de estado[3].

En ese contexto, la gran crisis nacional que conmocionó Francia a finales del siglo XIX con motivo del *affaire Dreyfus* —el procesamiento del capitán judío Alfred Dreyfus, acusado de y condenado por espionaje a favor de Alemania, y el posterior descubrimiento de que todo lo actuado judicialmente en su contra era falso— hizo del nacionalismo la nueva y gran ideología de la derecha antirrepublicana francesa. Maurice Barrès concretamente (1862-1923), el escritor lorenés que además de prosista excelente e individualista radical había sido diputado *boulangista* en 1889 (luego, en 1914, sustituiría a Déroulède al frente de la Liga de Patriotas), asumió al hilo del «caso Dreyfus» la defensa del ejército, cuando muchos de sus mandos aparecían gravemente implicados en la fabricación de falsedades contra Dreyfus. En una serie de polémicos artículos y ensayos recogidos en *Escenas y doctrinas del nacionalismo* (1902), y en un nuevo ciclo novelístico integrado por *Los desarraigados*, *La llamada al soldado* y *Sus figuras*, publicado entre 1897 y 1902 y dedicado a la apología de la patria —que para Barrès no era sino la obediencia a la voz eterna de «la tierra y los muertos», título de una resonante conferencia que pronunció en 1899—, fue esbozando un nacionalismo exaltado, fuertemente impregnado de incitaciones estéticas y sociales, que reclamaba la recuperación de las esencias de la tradición e historia francesas como fundamento de una reforma nacional que hiciese de Francia una nación «armada, gloriosa y organizada».

Fue, no obstante, Charles Maurras (1868-1952), escritor y periodista nacido en Martigues, de formación católica y fascinado por la dimensión mediterránea de Francia, quien haría del nacionalismo una doctrina autoritaria, antiparlamentaria y antidemocrática. Maurras, que se interesó por la po-